

El Porvenir del Obrero

N.º 96

15 Marzo 1902

Número suelto 5 cts.

Oficinas: Castillo 59. — Mahón (Baleares)

Trimestre 1 peseta

ANTECEDENTES Y CONSIGUIENTES

Para juzgar con acierto los sucesos de Barcelona, es preciso hacer un poco de historia.

Los obreros del arte metalúrgico no se distinguían por pertenecer á ninguna agrupación política ni social, ni siquiera brillaban por su espíritu societario; y desde hacía muchos años, más de doce, no habían hecho á sus patronos demanda alguna colectiva.

Todos los oficios luchaban y procuraban mejoras, llegando algunos, los albañiles por ejemplo, á conseguir la jornada de ocho horas, aspiración legítima de los trabajadores más moderados de todos los países, cuya justicia reconocen todos cuantos miran estas cuestiones no cegados por el interés.

Pero los metalúrgicos se contentaban con menos, y no querían obrar de ligero. Antes de presentar la demanda de las nueve horas se reunieron por secciones, discutieron ampliamente y obtuvieron de sus patronos la promesa de que les sería concedida. Pero esa promesa faltó y entonces (á mediados de diciembre último) se reunieron en asamblea magna, con asistencia de más de seis mil obreros, y acordaron ir á la huelga.

La intervención del gobernador Socías fué funesta para los huelguistas, entreteniéndoles con falsas esperanzas á fin de agotar sus recursos y que tuvieran que rendirse por hambre. El conato de huelga de los carreteros (á principios de enero) ya dió ocasión á la autoridad de intervenir violentamente y se derramó sangre inocente en las orillas de río Besós.

Pero los metalúrgicos continuaron firmes, fiando su victoria á la razón que les asistía. Para demostrar ésta no dejaron de celebrar mitins ni de publicar hojas explicativas del motivo de la huelga y refutando las argucias de la burguesía.

Los burgueses alegaban que no podían conceder los nueve horas por causa de la competencia extranjera. «Veamos, dice nuestro colega *Tierra y Libertad*, si eran sinceras y justas las excusas patronales. En primer lugar conviene decir que la dirección del *Vulcano* contestó á la petición de los huelguistas que por su parte no habría dificultad en conceder las nueve horas, siempre que las concediera *La Maquinista*, ya que por la índole del trabajo de ambos talleres, casi todo en arriendo ó contrata con el Estado, uno no podía ceder sin que cediera el otro. Tenemos ya que *Vulcano* no se excusaba en la competencia extranjera, sino en la de *La Maquinista*, que es precisamente la casa proveedora del Estado español, que solo construye para él y que lo construye todo por contrata. Los otros talleres de fundición (hierro ó bronce) y de caldereros de Barcelona solo se dedican, casi exclusivamente, á la compostura, como sabe todo el mundo en Barcelona y puede averiguar cualquiera. ¿Donde está pues la competencia extranjera que se adujo para no conceder á los obreros la demanda de las nueve horas?

Importa que nuestros lectores se fijen en esto, ya que ha sido el argumento principal de la burguesía. Las demás objeciones no tienen ningún valor racional y más bien son irritantes como la

que expuso un diario católico (*El Vigía* de Ciudadela, 5 de Febrero) diciendo «que dicha huelga no responde de momento á ninguna necesidad imperiosa, ya que diez horas de trabajo no abaten á nadie.» Y el gandul del cura que lo escribió gana su jornal con veinte minutos que emplea en decir su misa! Diez horas de batir el yunque y de tostarse junto al horno de fundición no abaten á nadie. ¡Claro, lo que abate es la faena de sacar almas del purgatorio! ¡Miserables!

El objeto principal de las demandas de disminución de horas no es tanto el procurar alivio y descanso á los trabajadores—aunque esto ya fuera suficiente motivo—sino la consideración de que trabajando menos cada uno y teniéndose que hacer el mismo trabajo hay colocación para más obreros. Se ha calculado que reduciendo la jornada á nueve horas en Barcelona podrían colocarse unos 400 del oficio que antes de la huelga buscaban trabajo sin encontrarlo. De modo que hasta en esto se prueba que los metalúrgicos no obraban impulsados por fines egoístas sino por un noble sentimiento de humanidad y compañerismo.

El porqué no se reconoció la razón de los huelguistas, y se empleó la fuerza tan brutalmente contra ellos, bien claro lo dice el mismo semanario madrileño antes citado: «Es la *Maquinista Terrestre y Marítima* una especie de arrendatario de las obras del Estado. Su director forma parte del Parlamento y está afiliado al partido fusionista; al partido liberal y al catalanismo pertenecen también la mayor parte de los accionistas, y la casa tiene consejeros entre los políticos de más palabras é influencias, por lo que todo el mundo sabe. ¿Por qué motivo, dependiendo, como dependía la solución del conflicto, de una sociedad tan íntimamente ligada con el Gobierno por los lazos de la afinidad política y por los que establecen las contratas entre dos partes, y siendo mentira lo de la competencia extranjera, no se llegó á un acuerdo? Precisamente por esto, porque la dirección de la *Maquinista* esperaba el apoyo del Gobierno para resolverlo sometiendo por la fuerza á los huelguistas, y á este objeto el Sr. Cornet y Más, director de la *Maquinista*, ha hablado más de una vez con Sagasta y con otros ministros de la conveniencia de suspender las garantías constitucionales y de detener á las Juntas de las Sociedades que componen la Federación de los obreros metalúrgicos. En resumen: la cuestión no ha sido de competencia extranjera; ha sido para no bajar en un medio por ciento el dividendo de las acciones.»

Mientras tanto, los obreros metalúrgicos habían agotado los recursos propios, padecían hambre y veían sufrir á sus familias. Los demás obreros de Barcelona y de todas partes no podían verlo con indiferencia. Una niña murió de hambre á consecuencia de la huelga y á su entierro acudió un gentío inmenso, pero no se logró conmover los corazones metalizados de los burgueses. Los huelguistas mendigaban por las calles, y los burgueses los miraban con desprecio. Llegó el carnaval y la burguesía barcelonesa se entregó al placer, á la ostentación desenfundada, mientras los otros morían de necesidad. Esto no podía durar. He ahí el manifiesto que circuló como expresión de los sentimientos de todos:

«Compañeros, salud: Ya pasó el Carnaval, esa ruín ostentación de lujo y derroche que nuestros explotado-

res hacen cada año para afrentar doblemente la miseria, el frío y el hambre que nos rodean.

«Mientras en *confetti*, serpentinas, trajes, bailes y restaurants circulaba el oro á montones y el Champagne á torrentes, millares y millares de hijos del trabajo carecíamos de pan y abrigo. Los infelices metalúrgicos, sin obtener justicia en su demanda de las nueve horas de jornada; los carreteros, engañados con el mayor vilipendio; todos los oficios anémicos y escarnecidos; el arte fabril esclavizado; la vida, imposible para el pobre trabajador.

«Pasó el Carnaval de las calles (si es que alguna vez concluye la careta de los señores). Ahora estamos en el de las iglesias, es decir, en la Cuaresma para aquellos que no pueden comprar bula.

«Nuestro deber consiste en que acaben ya la paciencia, las súplicas y los buenos modos. Nuestra obligación urgentísima es la de adoptar una conducta vigorosa y resuelta que premie los titánicos esfuerzos hechos por los metalúrgicos, luchadores sin fruto hace diez semanas contra la burguesía cruel y envaletonada porque no ve practicar la solidaridad obrera.

«¡Arriba, compañeros y pueblo honrado! Paremos todas nuestras faenas, desde el barrendero al maquinista, del criado doméstico al tipógrafo, al dependiente del comercio, á todos, en fin, los que trabajan. ¡Que nadie se mueva, que todo cese, y á la negativa de los vampiros acaudalados responda el vacío, el silencio y el hambre para todos.

«Sin comida, bebida, luz ni limpieza, capitularán nuestros enemigos.

«Muchísimos compañeros estamos decididos á soportar esta nueva Cuaresma que alcance á todos para lograr un destello de dignidad y de mejora á la pesadumbre que nos degrada y el derecho á vivir que nos roban.

«Por consecuencia, ¡alto las faenas!, pare el trabajo desde mañana mismo y demostraremos á las clases directoras y capitalistas que sin el obrero á quien desprecian no es posible la vida social.—Barcelona, Febrero de 1902.—Los trabajadores comisionados. ¡Viva la huelga general!»

La declaración de la huelga general fué una protesta unánime, espontánea, la mayor manifestación de solidaridad que hasta hoy ha conocido el mundo. No pudo hacerla un partido; y es calumnioso atribuirlo á personas ó agrupaciones determinadas, porque ningún partido tiene fuerzas para mover á ochenta mil hombres y lanzarlos á la calle en tan hermosa actitud.

En un periódico que se titula cristiano hemos visto escitaciones á la autoridad para que hiciese caer *todo el rigor de la ley* sobre los culpables, señalando como tales precisamente á las víctimas, á los atropellados, á los que sufrían hambre y luego fueron asesinados en las calles! ¡Los culpables! Bien sabemos ya todos quienes han sido los culpables. Los mismos que son culpables de todos los males que sufre la clase obrera de todos los países, los que ocasionan la miseria, los que sofocan todas las ideas nobles y las aspiraciones justas. Sobre ellos caerá, indudablemente, no *el rigor de la ley*, porque las leyes las hacen ellos, sino el peso de sus propios crímenes el día en que el pueblo se decida á hacer justicia.

Corrió la sangre por las calles de Barcelona, corrió abundante, derramada sin piedad, bárbaramente. Hemos publicado los detalles que nos han comunicado queridos compañeros nuestros y continuaremos publicando lo que nos envíen. Aquí solo queremos expresar la impresión de conjunto, impresión roja y negra, de sangre y de odio, barbarie medioeval y sembradura de repre-

salias para el porvenir. El pueblo catalán no olvidará nunca cómo se ha contestado á una demanda justa, razonable, que solo podía negar el egoísmo de una burguesía sin entrañas. Tampoco lo olvidarán los obreros del mundo entero. Las jornadas de Febrero del presente año fulgurarán en la historia siniestramente, mostrando la barbarie de un régimen y lo que pueden esperar los oprimidos cuando piden un poco de justicia á sus opresores.

Hablando de los sucesos de Barcelona se han puesto de manifiesto actitudes y sentimientos que conviene que el pueblo no olvide. La prensa reaccionaria ha pedido rigor en las autoridades, represiones, castigos. ¡Todavía más! Algunos la han imitado que blasonan de liberales y demócratas. Los hombres sinceros, de ideas y convicciones, se han puesto de parte de la justicia, de la razón, de parte del pueblo, como era natural y lógico; pero los que se sirven de la política para sus meros personales, los que usan la bandera de su partido—sean republicanos ó socialistas—como una bandera de corso, éstos han puesto en evidencia la bajeza de sus almas, la ruindad de sus corazones, iguales, cuando no peores, que los mismos clericales y absolutistas.

Los periódicos que nos llegan del extranjero traen relaciones, juicios y comentarios que aquí sería peligroso reproducir. Las organizaciones obreras europeas han comenzado una campaña de agitación, que promete ser de más importancia que la promovida con motivo de los tormentos y asesinatos de Montjuich.

La cuestión social ha entrado en un nuevo periodo. La sangre derramada no será estéril.



LA COMMUNE

El poeta Enrique Heine en la *Gaceta de Augsburgo* en 1840, dice así:

«Si yo hubiera vivido en Roma en tiempo de Neron, dice Enrique Heine, y hubiese sido corresponsal del *Correo de Beovia* ó del *Diario inoficial de Abdere*, mis colegas se habrían reído más de una vez de mí, viendo que nada tenía que decir de las intrigas de la emperatriz viuda; que no mencionaba, por ejemplo, ni siquiera las grandes comidas en que el rey judío Agripa se refocilaba cada sábado con el cuerpo diplomático residente en Roma, y que, por otra parte, hablaba continuamente de los galileos, de esa obscura pandilla que, compuesta principalmente de esclavos y de viejas, pasaba su desabrida existencia en visiones y en disputas, y era repudiada hasta por los mismos judíos. Mis cofrades, hombres muy bien informados, se hubieran reído seguramente de un modo particular si yo no hubiera tenido nada que decir de las fiestas de la corte de César, en las que su graciosa majestad tocaba la guitarra, sino de que se había cubierto de pez á algunos de esos galileos, y que, encendiéndola después, se iluminaba con ellos los jardines del palacio de Oro.

»A la verdad, esa iluminación era cosa muy notable, y era una broma cruel y completamente romana de hacer de aquellos á quienes se llamaba los *obscuros* antorchas para las fiestas de la antigua Voluptuosidad.

»Pero la broma se echó á perder; aquellas antorchas lanzaron chispas que redujeron á cenizas el viejo mundo romano con todo su carcomido esplendor; el número de los afiliados á la obscura pandilla llegó á constituir legión; en su lucha contra aquella legión, las del César debieron rendir las armas, y el imperio entero, la tierra y el mar, pertenecen hoy á los galileos.

»Lejos de mí la intención de perderme aquí en consideraciones; no he querido hacer más que demostrar por medio de un ejemplo, como el porvenir podría justificar victoriosamente algún día las predicciones que he hecho á menudo acerca de una pequeña asociación que, completamente parecida á la Iglesia oprimida del primer siglo, es hoy despreciada y perseguida pero que extiende su propaganda con una fe ardiente y un siniestro espíritu de destrucción que nos recuerda los primeros tiempos de aquellos galileos.

»Me refiero á la Commune, único partido que hay en

Francia digno de llamar seriamente la atención. Confieso que el porvenir pertenece á la Commune, y hago esta confesión con el acento de la profecía y con una extraordinaria ansiedad que, desgraciadamente, no tiene nada de fingida. En efecto, sólo estremeciéndome de espanto puedo pensar en el tiempo en que esos sombríos iconoclastas llegarán al poder, destrozarán todos esos juguetes, todas esas monadas imaginarias del arte que tanto gustan á los poetas; cortarán mis bosquecillos de laureles y en su lugar sembrarán patatas; las flores de lis, que sin haber hilado ni trabajado jamás, estaban sin embargo tan magníficamente adornadas como Salomón en toda su gloria, serán arrancadas del suelo de la sociedad, á menos que no cojan el huso en sus manos; las rosas, esas antiguas desposadas de los ruiseñores, sufrirán la misma suerte; los ruiseñores, cantores inútiles, serán también expulsados, y mis poesías ¡ay! servirán á los tenderos de cucuruchos para envolver especias ó el rapé que han de tomar las viejas del porvenir.

»Y sin embargo confieso francamente que ese mismo comunismo, que es opuesto á todos mis intereses y á todas mis inclinaciones, ejerce sobre mi alma un encanto de que no me puedo librar; dos voces se levantan en mi seno para hablar en su favor, dos voces que no puedo acallar y que, después de todo, tal vez no sean otra cosa que instigaciones diabólicas; pero, sea lo que sea, me dominan y no hay exorcismo que pueda acabar con ellas.

»Y es que la primera de estas voces es la de la lógica. «El diablo es lógico, dice el Dante.» Un horrible silogismo me trae á mal traer, y yo no puedo refutar esta proposición: «Todo el mundo tiene derecho á comer.» Así, pues, me veo precisado á someterme á todas sus consecuencias.

Quando reflexiono sobre este punto estoy en peligro de perder la vista; veo todos los demonios danzando en torno mío con aire de triunfo, y finalmente la sublime desesperación se apodera de todo mi ser, y exclamo: «¡Esta vieja sociedad está juzgada y condenada hace ya tiempo. ¡Tenga, pues, lo que merece! ¡Que sea destruido ese viejo mundo donde la inocencia era maltrada; donde el egoísmo prosperaba en tan alto grado; donde el hombre era la presa del hombre!

»¡Caigan en ruinas y perezcan esos sepulcros blanqueados sobre los cuales imperaban la mentira y la injusticia flagrante, y bendito sea el mercader que hará un día de mis versos cucuruchos de papel para envolver especias y rabé para las buenas y honradas viejas que en nuestra injusta sociedad de hoy se ven obligados á privarse de este lujo! ¡Fiat justicia, percat mundus!

»La segunda de estas voces imperiosas que me aprisionan y retienen es todavía más poderosa y más diabólica que la primera, pues es la voz del odio, del odio que experimento hacia un partido cuyo mayor antagonismo es la Commune, y que por consecuencia es nuestro común enemigo. Me refiero al partido nacional de Alemania, á esos falsos patriotas, cuyo patriotismo no consiste más que una estúpida aversión al extranjero, á las naciones vecinas, y que derraman diariamente su hiel principalmente sobre la Francia. Toda mi vida los he odiado y combatido, y ahora que mis manos desfallecidas no pueden sostener ya la espada; una convicción me consuela, y es que el comunismo les dará el golpe de gracia, y no será un golpe de maza, sino un puntapié; el gigante los aplastará como se aplasta á un miserable gusano. Este será su primer paso.

»Mi odio á los representantes del nacionalismo me hace experimentar casi un afecto hacia los comunistas. En todo caso, éstos no son hipócritas que tienen siempre la religión y el cristianismo en los labios. Los comunistas no tienen religión (no hay nadie perfecto); los comunistas son simplemente ateos (lo que es ciertamente un gran pecado), pero admiten como dogmas principales el cosmopolitismo más absoluto, un amor universal hacia todos los pueblos, la igualdad y la propiedad, y la fraternidad de los hombres, ciudadanos libres del universo.

»Esta doctrina fundamental es la misma que predicaba en otro tiempo el Evangelio, de suerte que, por su espíritu y por su fe, los comunistas son mucho más cristianos que nuestros patriotas, esos estúpidos campeones de un nacionalismo exclusivo.

Aquellos que se sirven de la palabra patriotismo para justificar torpezas ó encubrir granjerías son semejantes al miserable que convirtiera á su propia madre en Celestina de impurezas.— A. Calderón

¡Rompan filas!

No os alarméis, lectores. El encabezamiento de estas líneas no es grito subversivo encaminado á relajar ni la disciplina militar ni la disciplina política, aunque las dos importaría poco que desaparecieran, dada la función que desempeñan en el estado actual de la sociedad.

Pero no es ese mi objeto; es otro muy distinto.

Cuando, á los acordes de una *marcha popular*, veo pasar ante mis ojos algunas filas de hombres, erguida la cabeza, marcial el paso y siguiendo una *bandera*, siento mi cerebro arder y mi alma entera estremecerse, agitada violentamente por convulsa y epiléptica sacudida.

En tropel numerosísimo, confuso y avasallador, acuden entonces á mi memoria recuerdos de cosas leídas y de cosas vistas; de vergonzosas esclavitudes y de guerras crueles; de sangrientísimas batallas y carnicerías espeluznantes; de miles y miles de hombres que lucharon y luchan sin saber porqué; de clases sociales con mucha ambición y poca vergüenza, que, inicuamente y sin riesgo, explotan de otras la ignorancia y demasíada timidez.

Todo eso y mucho, muchísimo más, que me callo porque, ante la magnitud de lo que pienso, lo que pudiera decir es infinitamente pequeño, todo eso y mucho, muchísimo más, vuelvo á repetir, me recuerdan esas filas que algunas veces veo pasar ante mis ojos, á los acordes de una *marcha popular*, erguida la cabeza, marcial el paso y siguiendo una *bandera*.

Pero si el ver pasar esas filas me afecta profundamente y me hace pensar serio y sentir hondo, no me afecta menos, aunque de modo distinto, el ver á seres que debieran ser la esperanza de esta desgraciada sociedad pasar también ¡oh desdicha!, nutriendo filas que constituyen una de las causas de nuestra decadencia; fuente de hipocresía y debilidad; aguas que injustamente se hacen hoy beber á la inocente juventud, á los hombres del porvenir.

Animan á las primeras la fuerza de la juventud, el ardor bélico y los prejuicios que engendran la ignorancia y la rutina.

Impulsan á las segundas la amenaza y la imposición de uno, la debilidad y el temor de muchos.

En las primeras van los hoy hombres del cuartel; los que ahogarán quizá mañana un grito de redención, que está en todos los corazones nobles y que se escapa ya de labios de los que de veras amamos la sacrosanta libertad. Van en las segundas los hoy niños de la escuela; los soldados del cuartel para el mañana.

Desde otras columnas he predicado yo la escuela al aire libre; la escuela natural, simpática, sana, instructiva y educativa; la escuela ambulante, que en todas partes esté y no tenga en ninguno sitio fijo; que no encuentren límites en ella ni la vista ni el pensamiento del educando; que eduque á éste no en las ideas pequeñas de hipocresía, egoísmo y servilismo; sino en las grandes de desinterés, sinceridad y libertad; que verdaderamente prepare para la vida yendo á buscar ésta, para estudiarla, al taller, á la mina, á la fábrica, donde quiera que se encuentre.

Ahora bien, esta escuela, en un todo contraria á la actual, exige para su establecimiento una base, un fundamento, en que apoyarse, opuesto también y contrario al que sirve de sostén á la escuela funestísima que por desgracia padecemos.

Se apoya ésta en la imposición y la violencia; pues aquélla debe fundarse en la libertad y la tolerancia.

En la primera se hace todo violentando la

naturaleza del escolar; en la segunda nada debe hacerse, sino satisfaciendo sus necesidades. Más para esto es necesario que estas necesidades se conozcan y no se las puede conocer sino se las busca ni se las deja manifestarse.

Hay que dejar á la naturaleza infantil que nos hable; que se revele tal cual es.

Hay que arrojar á los profundos eternos esa asquerosa disciplina, que el mayor bien que hace es transformar en serviles los únicos caracteres independientes que nos quedan, los de la inocente infancia.

Y hay que perseguirla, no solo en la escuela, sino fuera de ella, donde quiera que tenga ramificaciones.

¿Os habéis fijado alguna vez en esas filas de niños, que se ven con frecuencia por las calles, el color amarillo, la vista baja, el semblante triste, no atreviéndose á volver la cabeza para mirar ni para oír el movimiento y el bullicio que les rodea, en ocasiones hasta cogidos de la mano, cual si fueran delincuentes que la guardia civil condujera á la prisión?

Hablando con sinceridad ¿creéis que de esas filas de niños sin voluntad propia, que van pendientes de una mirada, que ni siquiera tienen seguro el paso, pueda salir mañana la suma de caracteres viriles, independientes, enérgicos y firmes que necesitamos para reconquistar nuestros derechos?

¿Creéis que de esos hipnotizados, cuyas inteligencias, oscurecidas y atrofiadas por la sombra de la pasividad y del disgusto, están poco menos que incapacitadas para adquirir el natural y conveniente desarrollo, puedan salir mañana los hombres del progreso, los que nos pongan en íntima relación con el mundo civilizado y trabajador, los que nos traigan el bienestar y eleven nuestro nombre?

De ahí no pueden salir sino hipócritas ó incapacitados; hombres que pensarán poco y harán menos; que solo á espaldas de los demás obrarán por cuenta propia; que jamás tendrán constancia para seguir una causa, ni valor para defenderla, á no ser que los empuje el egoísmo ú otra pasión mezquina.

Al natural funcionamiento de las facultades de su espíritu se opone la misma fuerza que al movimiento natural de los miembros de su cuerpo.

¿Es esto verdad? ¿Estamos todos conformes? Pues entonces ¿porqué lo consentimos?

Hora es ya de reivindicar los fueros de la Naturaleza y los derechos del pensamiento á la libre actividad. Cuando en estrechos y determinados moldes queremos encerrarlo, la mayor parte de las veces, lo que hacemos es oponernos á que en la generación joven se desenvuelva una conciencia nueva, un modo de ver y apreciar las cosas diferente del que nosotros tenemos.

Así pues los niños, que, como en otra ocasión he dicho y vuelvo á repetir en ésta, deben estar en constante movimiento, jamás deben ir en fila ni cohibidos. Quédese esto para los que, pensando vivir lejos de los hombres, dedicados á la vida contemplativa, abdiquen su independencia, personalidad y relaciones.

Los demás deben ir cada uno como mejor le parezca; hablando con aquel que le inspire más simpatías; observando, anotando, comentando, discutiendo y preguntando cuanto guste.

A lo más que debe llegar la coacción es á evitar que ocurra algún accidente de importancia.

Quisiera verme chico y abrigar estas ideas. Tendría sumo gusto, placer inexplicable, en uno de los días que también á mí me *condujeran*, llegar á sitio á propósito, salirme de las filas y decir con acento conveniente: Compañeros no hemos cometido ningún delito y por lo tanto no me explico esta coacción de la que con toda mi alma protesto.

Esto no se puede consentir y yo grito y quisiera que vosotros también gritárais ¡Rompan filas!

Francisco Pereira



CONSIDERACIONES

Para mi hermano Lorenzo.

Volar en alas del pensamiento por las regiones de lo ideal es una necesidad que casi todos los jóvenes, más ó menos intensamente, hemos sentido. Así tú, por un exceso de espiritualidad disculpable en tus pocos años, ves la cuestión social bajo un aspecto harto sencillo y de fácil solución. No puede solucionarse este problema con timideces de niño, ni con fórmulas de conciliación, cambiando de amo—como tú dices—cuando los tratos del para quien trabajos no te agraden. Esto es inocente, es pueril; cambiarías de opresores, nunca te redimirías de la opresión. Y cuando el hambre apremia y la miseria invade muchas casas y el jornal, el mísero jornal que pueda reunirse, no basta á cubrir las necesidades del día, y mucho menos las previsiones de la prematura vejez del que trabaja, entonces se abren los ojos á la realidad, oleadas de rencor invaden las almas y en un supremo esfuerzo el pueblo pide lo justo, lo que le pertenece: el derecho á la vida.

Para eso se hacen las huelgas, y las apruebo porque son la más poderosa arma que actualmente puede usar el obrero. No vayas por ésto á figurarte que sea yo partidario de las violencias; el mal es hondo y hay que extirparlo con cautela, porque la operación podría ser de muerte para la parte débil. Prefiero la evolución. Mas, las circunstancias tienen, á veces, crueldades inauditas; el sufrimiento rebasa los límites de la paciencia, y entonces ¿quién es capaz de detener el desbordamiento de las pasiones?

Convengamos, si quieres, hermano mío, en que estos son chispazos momentáneos; pero son inevitables y si en la lucha caen los más débiles, los irredentos, la sangre generosa con que manchan los guijarros de las calles es el símbolo de vida que alumbrará el Porvenir. Ante el espectáculo de ver morir indefenso á un semejante, el hombre no puede ser cobarde. Podrá sucumbir también, nunca postergarse. Así como así, la muerte por el hambre es peor mil veces que las balas de los matísers.

Es verdad que, hoy por hoy, la fuerza está en poder de los opresores, que la mueven á su antojo. Pero todos sabemos que esa fuerza es ficticia, que puede desaparecer y desaparecerá con solo declararse en rebeldía los que la sustentan, que son también hijos del pueblo, esclavos del trabajo, momentáneamente separados de las rudas tareas para vestir el uniforme. Esa fuerza no tienen razón de ser, es un tributo al despotismo, y si, como ha dicho Tolstoi, la guerra es la más devastadora de las plagas y debe suprimirse, también los déspotas de la tierra deben desaparecer y dejar plaza á la libertad, á la solidaridad de todos los hombres y de todas las razas.

* *

La transformación social que anhelamos puede conseguirse, no á manera de las luchas de los pasados tiempos, sino ensanchando cada día la esfera de la industria y de la ciencia, educando á las clases más atrasadas y dulcificando las costumbres; condenando la guerra y sus horrores, manifestándose, en fin, incompatibles el prurito de conquistas que sufren las naciones y las ideas de progreso que sustentan los pueblos; ideas que engendrarán una sociedad nueva, primero, y la fraternidad universal después.

Nuestros padres y nuestros abuelos lucharon para la conquista de libertades que ellos creyeron el *summum* de la perfección dentro de la sociedad actual, cuando, en realidad, solo cambiaban la tiranía de la Inquisición por la tiranía del poder gubernamental, quedando en pié la esclavitud de las masas, nutriendo las filas del ejército y sufriendo la opresión de las fábricas y talleres, y el despotismo de los encumbrados, vejando el derecho á la vida del pueblo. Nosotros, los jóvenes de hoy, debemos trabajar para un fin más alto, más humano: la conquista del pan.

Oye á los grandes pensadores de la tierra: todos convienen en que la transformación es necesaria, inevitable. Repara la inmensa suma de fuerzas que representa el elemento productor, y si las com-

paras con las que son propias de los que se llaman clases directoras, verás á éstas menguadísimas, nulas casi. ¿Porqué, pues, subsiste la preponderancia ominosa de los últimos sobre el primero?

* *

Las víctimas de la luctuosa jornada de Febrero en Barcelona merecen consagrarse en la memoria de todos los trabajadores. La sangre que derramaron es sangre expiatoria del error que sufren los hijos del pueblo que vuelven las mortíferas armas contra el mismo pueblo obrero, sin penetrarse de la sinrazón de su obra, cuando, en vez de aniquilarse, debieran fundirse en fraternal abrazo, y, unidos, despreciar la fuerza, el poder de las armas...

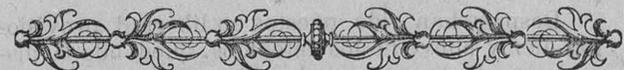
No lo dudes, hermano mío, el gran edificio de la solidaridad descansa sobre base sólida, y es arma temible, pronta á derrocar el actual régimen. No necesita de violencias ni de arrogancias: le basta con solo parar los brazos.

El ejemplo del proletariado catalán puede ser fecundo en enseñanzas.

La reivindicación social se acerca.
Esperemos.

Goyo

Barcelona, Marzo de 1902.



¡Problema resuelto!

En un telegrama que el Capitán General de Cataluña dirigió al Ministro de la Guerra, entre otras cosas, decía lo siguiente:

«En la fracción metalúrgica de aquí van disminuyendo los huelguistas y quedará resuelto el problema en cuanto se puedan enviar *esquirols* adiestrados».

Si; quedará resuelto el problema con unos cuantos infelices adiestrados para que traicionen la justa causa de los que luchan por su mejoramiento; pero no será el problema de la justicia el que se resolverá con ese procedimiento, sino de la avaricia burguesa, el de la continuación de sus latrocinios.

Las justas reclamaciones de los trabajadores pretendéis ahogarlas vosotros, los sicarios de autoritarismo, con el plomo de vuestros mortíferos instrumentos de guerra; pero no lograréis vuestro propósito, pues, á pesar de vuestras inicuas persecuciones, no conseguiréis extinguir el sagrado fuego de la rebelión albergado en el honrado pecho de los productores.

Al reprimir las protestas de los que injustamente sufren con el filo de vuestros sables y el plomo de vuestros fusiles, no hacéis sino incitar á las masas á la rebelión que origina el desorden para nadie beneficioso.

Vosotros, nadie más que vosotros, los que os decís representantes del orden, sois la causa del derramamiento de la preciosa sangre obrera, pues con vuestras brutales coacciones denotáis vuestra parcialidad en favor de los explotadores, vuestros amos.

Encarceláis á los trabajadores pretestando que ejercen coacción, y no encarceláis á los capitalistas que coartan á los obreros el justo y *legal* derecho de asociación. Perseguid á todo el que se niega á ser dócil instrumento de explotación, y no perseguís á los que por medio de la fuerza de sus capitales asesinan inicualemente de hambre al honrado productor.

¡Ah, lacayos del capitalismo, y que bien desempeñáis vuestro cargo de verdugos del pueblo!

Si á la justicia sirviérais, como decís servir, ¿cómo es posible que llevárais á cabo actos tan inhumanos como los de Barcelona, Valencia, Murcia y otros puntos, en las personas de dignos y honrados obreros?

Pero como no es á la justicia á quien servís, sino á la burguesía que os paga, por éso, para contentar á vuestros amos, no vaciláis en cometer mil atropellos contra los pocos hombres dignos que existen en esta sociedad corrompida.

Continuad, continuad sin descanso vuestra obra de vandalismo, de iniquidades y atropellos, que ésto, en vez de ahogar la revolución social que se aproxima, la adelantará, y el pueblo, provocado por vuestra tiranía, derribará los pedestales de los injustos privilegios fabricados por vuestro egoísmo á costa de la sangre del obrero.

José Alarcón

MOVIMIENTO SOCIAL

Valencia, 25 Febrero 1902.

Como prueba de solidaridad con los obreros catalanes, el día 20 se declararon en huelga general todos los obreros organizados de esta ciudad.

El gobernador Capriles, venido á ésta, según se dice, como brazo de hierro para matar todo movimiento progresivo, llevó á cabo los más injustificados atropellos. La primera arbitrariedad que cometió fué la de prohibir la celebración de un mitin de solidaridad y el encarcelamiento de la comisión que fué á pedirle permiso para el mismo. No contento con ésto el *poncio* Capriles, mandó á los sabuesos del desorden público que detuviesen á todos los obreros significados por sus ideas emancipadoras, de cuya arbitrariedad fueron víctimas los compañeros Federico Quilez, Juan Minguez, Salvador Garriguez, Miguel Salvador, José Alarcón, Vicente Moreno y diez y seis compañeros más, cuyos nombres en este momento no recuerdo, siendo todos encerrados en las cárceles de S. Gregorio y sugetos á rigurosa incomunicación, por orden gubernativa.

A pesar de tales abusos, el paro general se efectuó en la forma que los obreros nos habíamos propuesto.

Después han sido puestos en libertad provisional diez y nueve de los detenidos, quedando á disposición de la autoridad militar los compañeros Salvador Más, Vicente Montolio y José Yusá, á quienes acusa el inspector de policía Gomez Escudero, ex-sargento de *inviolables*, de haber arrojado piedras contra la Guardia civil. Esa injusticia más tendremos que agradecer al tal inspector, á quien no deben olvidar los compañeros.

Un Obrero

Barcelona 4 Marzo 1902.

Por fin, á fuerza de sangre, han logrado las autoridades restablecer la paz externa en Barcelona. Ya se trabaja en fábricas y talleres y salen los diarios; en apariencia todo está pacificado. Ya los burgueses, pasado el primer susto, vuelven á pasear orondos y satisfechos, insultando con la ostentación de sus riquezas al misero trabajador, mientras en las cárceles y en los hospitales y en las casas de los obreros hay quienes sufren la pérdida de la libertad, ó los dolores de alguna herida, ó la muerte de algún ser querido.

Los burgueses, siempre *benéficos y caritativos*, organizan suscripciones para socorrer á las familias de las víctimas por culpa de ellos inmoladas. El eterno caso del D. Juan de Robres, que edificó un hospital después de haber hecho los pobres. No sé si con este motivo se organizarán bailes y saraos, armonizando así la *caridad cristiana* con el gustazo de celebrar su triunfo.

De los metalúrgicos hay algunos que trabajan las nueve horas, otros en las mismas condiciones de antes, y un buen número siguen en huelga.

Se habla de nuevas huelgas, como la de carreteros y otros; pero se hace muy difícil la información por el estado excepcional de Barcelona y por estar cerradas las sociedades por orden gubernativa. Sin embargo, no sería extraño que se hiciese algo.

Todavía no se ha podido saber fijamente el número de muertos, pues las listas oficiales son incompletas.

Los presos son también numerosísimos, y solo han puesto en libertad á muy pocos. No se ha fusilado á nadie, que se sepa; pero hay muchos acusados de hacer armas contra la fuerza pública.

El compañero Clariá se halla en el hospital militar con cuatro heridas, algunas graves. Dicenme que va mejorando, aunque lentamente.

Leopoldo Bonafulla, Anselmo Lorenzo y la compañera Estanisláa Más se hallan presos y rigurosamente incomunicados, pues ni á las familias dejan verles, á pesar de que Lorenzo estaba enfermo de algún cuidado cuando le prendieron. No sé que delito se les imputará.

También ha sido preso Sebastián Suñé, faltar de salud desde los tormentos que le hicieron sufrir en Montjuich. Su eterno perseguidor, el policía Tressols, le sacó de la cama, donde estaba desde mucho antes de comenzar los conflictos, para llevarlo á la cárcel brutalmente. Parece que ese Tressols vive por un error, pues se dice que dieron de puñaladas á un inspector llamado Puig confundiendo con el otro. Es un rumor que no he podido averiguar hasta que punto merece crédito.

La prensa diaria adula rastreramente al Capitán General, por haber conseguido ahogar á fuerza

de sangre una huelga que en sus comienzos no podía ser más pacífica. Todo se andará y en todo se hará luz.

Eso sí; todos los periódicos alaban mucho la honradez demostrada por los obreros, que habiendo tenido durante más de seis horas toda la capital en su poder no cometieron ningún desmán. Creo que de volver á repetirse, que si se repetirá, no han de perder el tiempo tan miserablemente como lo perdieron. De los escarmentados nacen los avisados.

El ánimo de los obreros no ha decaído, ni se consideran vencidos por la barbarie gubernamental. Ha quedado un sedimento de rabia en todos los corazones.

El no haberse concedido las nueve horas á los metalúrgicos, como se hizo correr con engaño, puede costar muy caro algún día.

Continuaré informando y haciendo los comentarios que se me vayan ocurriendo.

Julian Monzón

Barcelona 5 Marzo 1902.

Las ferocidades cometidas en esta capital son de tal naturaleza, como si fuese un pueblo habitado, mejor dicho, dirigido por salvajes.

La consigna que tenían tanto la guardia civil como las tropas era de hacer fuego sin avisar y solo por el motivo de que varios obreros formasen grupo, consigna que ha sido bárbaramente cumplida. Esto explica, conociendo los desastrosos efectos del armamento Mauser, el número de víctimas inocentes sacrificadas por el salvajismo gubernamental.

Un caballero que había salido de su casa para retirar á su hijo de un colegio, fué muerto de un balazo por la fuerza pública que disparaba al azar; lo mismo ocurrió con una niña de poca edad, y varios niños y mujeres, como también algunos ancianos.

En varias ocasiones, habiendo caído heridos algunos obreros, al llegar la tropa, los jefes se cebaban en ellos, rematándoles á tiros de revólver. Sobre ésto parece que la Cruz Roja intentará promover una reclamación internacional, á no ser que lo impidan los directores, que son burgueses y políticos.

Se ha disparado sobre muchos solo porque corrían huyendo, y de los que no huían se decía que hacían frente á las tropas. De modo que los que tenían necesidad de salir á la calle corrían peligro de todos modos, si tenían la mala suerte de encontrarse con los mantenedores del orden. Esto llegó á tales extremos que en Pueblo Nuevo varias personas se refugiaron en una casa y la guardia civil les persiguió escaleras arriba haciendo fuego, resultando que á un hombre le penetró una bala por la parte baja del espino y le salió por la frente. Otro cayó herido mientras corría delante de una tienda y el dueño intentó entrarle para auxiliarle, pero llegó la tropa y el oficial se opuso, disparando sobre el herido hasta dejarlo muerto.

No se sabe á punto fijo el número de muertos, pues hay interés en ocultarlo, pero se asegura que pasan de 50; tampoco es posible saber el número de heridos, pues muchos se curan en sus casas, ó en otras donde les recogieron, pero créese que pasan de 200.

A todo ésto la huelga de los metalúrgicos se da por terminada, aunque todavía no se trabaja en algunos talleres: En algunos se han concedido las nueve horas; en otros se trabaja nueve y media, descontando la parte de jornal correspondiente á la media hora; en otros se trabaja diez horas con aumento de un 5 por ciento de jornal; y en muchos rijen las mismas condiciones de antes. Esto demuestra que los que se preocuparon tanto del orden material no se preocupan del orden moral, ni de la justicia, ni de las condiciones del trabajo.

Ha sido preciso para que los obreros se diesen por vencidos que la autoridad cometiese contra ellos toda clase de coacciones, atropellos sin fin, encarcelamientos, disolución de los centros donde se reunían, hambre, heridas y asesinatos en las calles, y, por último, el engaño, á pesar de luchar con armas tan desiguales. El burgués dispone de un ejército de polizontes y civiles, á parte los soldados de línea; disponen del capital, que es su base y su fuerza; y, sobre todo, disponen de la organización social, constituida durante tantos siglos, que les coloca en disposición de someter á los explotados por la fuerza moral de la tradición y las costumbres. Cuando llega el momento de la lucha, porque el excesivo sufrimiento obliga á los explotados á la rebelión, entonces los burgueses se retiran y hacen que riñamos nosotros, resultando siempre

las bajas de hijos del pueblo, vestidos con la blusa del trabajo ó con la librea del militar.

A pesar de ésto, el pueblo, que ya va comprendiendo, no se arredra ni se abate más que momentáneamente, y el hecho de que no se haya procurado solución acertada y justa á la huelga de los metalúrgicos, después de haber derramado tanta sangre obrera, dará por resultado que se acumulen cada día más terribles odios contra los causantes de tantos males como afligen á nuestra clase obrera, odio que algún día estallará con formidables consecuencias.

E. G.

Zaragoza 6 Marzo 1902.

Compañeros de EL PORVENIR DEL OBRERO.

Necesitaria llenar muchas cuartillas para daros cuenta de los sucesos ocurridos en esta ciudad; pero me atenderé á la necesidad de ser breve.

Entre nosotros hallábase una comisión de los metalúrgicos barceloneses cuando la Federación de las sociedades obreras de Barcelona acordó ir á la huelga general como manifestación de solidaridad con los huelguistas desatendidos.

Ni la citada comisión ni nadie creía que aquello pasase de una nueva intentona, como tantas que han fracasado en la capital catalana; pero afortunadamente nos engañamos todos.

A medida que las noticias del primer día de huelga general en Barcelona eran conocidas en esta, la opinión se iba interesando y tomando calor; por todas partes se comentaban y discutían las informaciones periodísticas; en todos los sitios se recogían las mismas impresiones; de todos los labios brotaban las mismas palabras: «debemos secundarles» «que no se lleven las tropas de aquí para asesinar á nuestros hermanos» «á la huelga, á la huelga». Y ésta vino espontánea, sin acuerdo previo, por aclamación de todos.

El paro de todos los oficios era completo el día 20 de Febrero, cuando las autoridades acordaron declarar la plaza en estado de sitio, y á las dos horas se leía el bando por calles y plazas á son de trompeta y tambores. La guardia civil patrullaba por la ciudad; grandes grupos de obreros recorrían las principales vías; el telégrafo y el teléfono funcionaban sin descanso, pidiendo fuerzas á Pamplona, Logroño y otros puntos; las que estaban dispuestas para salir de aquí en dirección á Cataluña recibían orden en contra. El plan popular producía los efectos deseados.

Pero las masas, todavía inconscientes, pasan con facilidad del entusiasmo al decaimiento; el contratiempo más insignificante se considera como una derrota, y la palabra «traición» se escapa de todos los labios, haciendo la lucha imposible. Este efecto produjo la noticia que pronto circuló de que se había presentado al gobierno civil una comisión de socialistas políticos, en representación de su partido y de algunas sociedades obreras (representación falsa pues dichas sociedades no se habían reunido ni delegado á nadie), para protestar contra la huelga general y congraciarse con la autoridad. Muchos tomaron ésto como prueba de desunión entre los trabajadores y se desanimaron.

Al día siguiente trabajaron algunas fábricas custodiadas por la fuerza pública; los obreros conscientes eran perseguidos y el movimiento que el día anterior se presentaba imponente había fracasado.

La autoridad militar instruye proceso por ciertos pasquines que aparecieron en la mañana del 21. — Ellos sabrán quien los colocó.

Está preso el Presidente de la Federación «Autonomía» y algunos obreros pertenecientes á la misma son perseguidos. El Centro está cerrado y también una Escuela Libre de reciente creación que nada tenía que ver con estos asuntos.

La opinión es favorable á los huelguistas de Barcelona y se censura con acritud la conducta de las autoridades.

Moranero

El bisemanario católico de esta ciudad, afanosó por perjudicar á los huelguistas de Barcelona, copia textos de *El Motín* y palabras del Sr. Sol y Ortega, exdiputado republicano que dió bastantes motivos á sus electores para que pueda asegurarse que no volverá á serlo. ¡Y *El Grano de Arena* le llama «alma honrada»! Tal para cual.

El Motín y bisemanario dedicado al corazón de Jesús andan del brazo, unidos por el mismo odio contra los obreros.

Decididamente, tanto valen los de acá como los de allá.

De Sol y Ortega no lo extrañamos; pero lo sentimos por Nakens, que era un prestigio y ha caído muy bajo.

Al nivel de los curas que siempre había combatido.